

# EL EVANGELISTA

"YO HE SIDO PUESTO PARA LA DEFENSA DEL EVANGELIO"...-Filipenses 1:17.

AÑO X.—NUM. 11.

SAN JUAN, PUERTO RICO.

SEPTIEMBRE 1 DE 1912.

Entered at second class matter Mayo 5 de 1909, at the Post Office San Juan, Puerto Rico.

---

## FRANCISCO JIMENEZ OTERO.

Pastor de la Iglesia Bautista de Barros,  
y redactor de "El Evangelista".

Durmió en el Señor  
el 20 de Agosto de 1912.

"Sus obras le siguen".

---

A la memoria del hermano y compañero  
inolvidable, consagra la redacción de  
"El Evangelista", huérfana de uno de sus  
más fieles defensores, el presente número.

---

## UNA PROMOCION CELESTIAL.

La Misión Bautista de Puerto Rico está de luto. El día 29 de Agosto a las nueve de la noche, recibí del hermano Don José Rojas, de Barros, el siguiente telegrama: "Cinco tarde hoy murió Paco". A las nueve y treinta salí con el cuñado y la hermana del finado hermano para el triste viaje a Barros donde llegamos a las tres de la mañana. En estas cinco horas de camino hubo tiempo para lágrimas, meditaciones, recuerdos, oraciones. El texto de la Escritura que se clavó en mi mente mientras nuestro automóvil iba volando como un espíritu de la noche sobre las cuestas y curvas de los montes, era Fil. 1:21: "Porque para mí, el vivir es Cristo, y el morir es ganancia." Y la noche siguiente en el servicio memorial que se celebró en la iglesia de Barros, con los inconsolables hermanos, no pude menos que hablar sobre las sublimes ganancias de nuestro amado hermano don Francisco Jiménez y Otero.

El miércoles, el 21 de agosto, a la 1 de la tarde, en medio de un inmenso concurso de asistentes, depositamos en la tierra los restos mortales de Paco, querido amigo, hermano y compañero de trabajo.

"Se siembra en corrupción; se le ventará en incorrupción".

El carácter de nuestro hermano había sido adornado con muchas virtudes. Sencillez, sinceridad, transparencia, nobleza de alma, cierto misterioso poder de captarse las simpatías aun de sus propios enemigos, si los tuviera, estas eran algunas de las gracias con que Dios le había dotado. El conocerle era amarle. Puerto Rico ha perdido un hijo leal, la Misión Bautista un digno obrero, la iglesia de Barros un fiel pastor, sus padres y hermanos un hijo y hermano modelo, su señora un esposo amante, sus hijitos un padre cariñoso, y yo un amigo muy querido a quien tenía verdadero cariño.

¡Dios dé el bálsamo de su santa religión a los corazones abatidos y lim-

pie las lágrimas de los muchos que lloran.

A. B. RUDD.

## EL QUE NOS DEJA....

Las filas evangélicas se clarean dolorosamente.

Uno más que nos deja, uno menos que queda, y uno de los buenos, de los mejores.

Francisco Jiménez ha cerrado definitivamente sus ojos en la tierra de los hombres, rodeado, en lo físico, por las gallardas colinas que circundan el poético pueblecito de Barros y, en lo moral, por el indecible afecto de una esposa fiel, unos hijos tiernos y una iglesia afectuosa como pocas.

¡Paco Jiménez ha muerto! ¡Qué duro es creer tan angustiosa noticia! ¡Cuán inexorable es la ley de la muerte! ¡Qué inevitables son los fallos del Altísimo!

Para mí, como para la mayor parte de los lectores, resulta una sorpresa desconcertante la prematura muerte del hermano inolvidable.

El jueves, día 22, fuí al pueblo de Toa Alta. Allí, antes de comer, entregáronme una carta de mi distinguida hermana Miss Adell Martin, de Caguas, dentro de la cual hallé el siguiente telegrama:

«Barros, Agosto 20, 1912.

Abelardo M. Díaz, Caguas.

Cinco tarde hoy murió Paco Jiménez, nuestro pastor. Pepe Rojas.»

¡Yo que ni siquiera sabía que él estaba enfermo!

Después que me repuse del rápido, paralizador y tristísimo golpe que recibí, pensé en la viuda, a quien debía consolar; pero me acordé de que carezco del precioso don del consuelo, que disminuye el dolor, y que sólo poseo el de la simpatía, que lo comparte. De ahí que me concrete a enviar un telegrama que decía así:

«Sra. Asunción Moya, Barros.

Hoy he sabido noticia muerte Paco.

Grande es mi pena. Acompáñola en su dolor. Abelardo.»

Ya, pues lo sabéis: ¡Paco, cuya incomprendida seriedad era interpretada por los de afuera como la expresión viva del orgullo, y que no fué más que la manifestación natural de su característica timidez y de su arraigado sentimiento de dignidad; Paco, cuya dulce sonrisa era para nosotros, sus íntimos, el bello relámpago de la inocencia brillando en medio de las tinieblas de la malicia, se ha adelantado a nosotros en el viaje a la patria celestial!

La luchadora y hospitalaria iglesia de Barros, mi iglesia inolvidable, ha sufrido muchos y terribles golpes; pero como el de ahora, muy pocos. La pérdida del que fué hijo y pastor a la par, es de ésas que, humanamente hablando, se llaman irreparables. Sufrida y amada iglesia, uno de tus hijos ausentes, comparte contigo las lágrimas que derramas y la pena que te embarga.

¿Quién era Paco Jiménez? preguntarán algunos lectores que nunca le vieron o nunca oyeron hablar de él? ¿Cómo la prensa apenas ha dado la noticia de su muerte? exclamará quizá alguno.

Como la prensa incurre, infiridad de veces, en la lamentable injusticia de glorificar a no pocos bribones y en relegar al más completo olvido a los que merecen sus más entusiásticos elogios, yo me propongo en este artículo dar honor al que honor merece; que mi pluma no se moja en el tintero de la adulación servil, sino en el de la justicia dignificadora.

Paco Jiménez no era una inteligencia fácil y deslumbradora. En cambio, estaba dotado de un juicio maduro, que lo conducía por el camino de la sabiduría práctica y de una perseverancia envidiable, que lo llevaba a escalar las montañas de las dificultades. Paco Jiménez era atraído por la fuerza permanente de un ideal, y no empujado por el concurso de una serie de circunstancias felices. No era el afortunado siervo de los cinco talentos, pero tampoco el siervo negligente,

sino el siervo fiel de los dos talentos que hizo con ellos lo que pudo.

Un rasgo sobresaliente de su carácter fué la modestia, mal entendida a veces, pero modestia admirable siempre. Recuerdo que en el Instituto de Coamo, por el año 1910, nos leyó un luminoso ensayo sobre los métodos, el cual mereció los elogios de todos de tal manera, que inmediatamente se acordó publicarlo. En vista de que el trabajo no aparecía, y como yo estaba impaciente por estudiarlo, le escribí repetidas veces, a fin de que me lo enviase, ora para sacar una copia, ora para hacerlo publicar en EL EVANGELISTA; mas todo fué en vano. Su excesiva modestia me privó, y nos privó a todos, de saborear aquel sazonado fruto de su laboriosa inteligencia. ¡Cuántas veces no me indignó este modo de proceder, efecto natural de su creencia arraigada de que él no sabía nada, de que él no podía enseñar a nadie!

Otro de los rasgos más admirables de Paco fué la firmeza. Aunque fuí compañero de él en la escuela, en la sociedad y en el Magisterio, le tuve por un hombre débil de carácter. ¡Cuán equivocado estaba! ¡Qué injusto fuí al juzgarlo de ese modo! Cuando me enteré de las circunstancias que precedieron y siguieron a su conversión al Evangelio, de la persecución de que fué víctima, de las calumnias que contra él se propalaron, de los disgustos que amargaron su vida, del valor con que arrojó todo, de la paciencia con que él sobrellevó tanta injusticia y de la constancia que él mostró en el sostenimiento de una creencia que antes él ridiculizaba y á la que tanto se oponían con inaudito encarnizamiento; después que yo supe todo eso, me dí cuenta que la firmeza moral de Paco no tenía nada que envidiar a la de los cedros del Líbano. Paco era de la madera de los mártires y de los héroes.

Paco no envidiaba, ni se alegraba de ser envidiado.

Sus costumbres fueron sencillas como las de un patriarca y puras como las de un santo. Jamás le vi fumar, ni jugar ni mucho menos beber. So-

portaba con incomprensible y ejemplar paciencia la burla de los viciosos, y nunca accedió a sus corruptoras invitaciones.

Amigo fiel, sincero, no tuvo, como Jano, dos caras. Con su muerte pierdo uno de mis pocos *invariables*.

Aunque no metió ruido, ni entusiasmó a las muchedumbres con una rara elocuencia de la palabra, ni a los lectores con una arrobadora elegancia de bien cortada pluma, sin embargo, dejaba sentir una influencia más provechosa y permanente que la que se ejerce por la humana instrumentalidad de la oratoria y de las letras; me refiero a la que él ejerció por la instrumentabilidad divina de un carácter cristiano, de una vida consagrada al hermoso ideal de establecer el Reino de los Cielos sobre la faz de la tierra. De mí puedo decir que su mero recuerdo me hacía mejor. Su aprobación me animaba a continuar la escabrosa senda del deber. Su candorosa alegría servíame de consuelo en mis penas. Su fe robustecía la mía. Cuando recordaba que él se puso al lado de nuestra causa, me sentía inclinado a creer más en la santidad de ella.

Paco no ha muerto. Sólo se ha ausentado. Además, así como existe la inmortalidad del espíritu más allá de la tumba, existe también la inmortalidad de nuestros actos más acá del sepulcro. Y los actos de Paco dejan un rastro más visible que el del barco al cruzar la inmensidad augusta del los mares y más delicioso que la fragancia de las flores que se cultiva en los jardines. ¡Sublime rastro de inspiración, de consuelo, de sencillez, de candor, de firmeza, de fe, de amor y de santa idealidad!

Para terminar, digo a su noble esposa y distinguida amiga y hermana mía:

Acepte este imperfecto, pero sincero panegírico como una humilde siempreviva que en la tumba de vuestro buen esposo deposita solemnemente su fiel amigo y hermano en la fe cristiana.

ABELARDO M. DIAZ.

Bayamón, Agosto 24, 1912.

## DON PACO JIMENEZ.

SU VIVIR FUÉ CRISTO.

Víctima de voraz fiebre maligna que en corto plazo minó despiadadamente su vigorosa naturaleza, se hundió en el ocaso de su vida con sol del día veinte, nuestro amado hermano y pastor de esta iglesia, Don Paco Jiménez. Cruel fué la enfermedad, no dió tregua ni por un momento a su jóven organismo que en vano oponía tenaz resistencia al rudo ataque de los gérmenes de la muerte. La valla que la ciencia pretendía levantar al paso de la Parca, ni los sumos cuidados de cien manos consanguíneas..... ni el deseo ferviente de mil corazones amigos estorbó su acción destructora. Todo fué inútil, todo vano empeño, y tras largas horas de tormentos crueles cumplióse la sentencia fatal.

Apóstol de la Fé salvadora toca a su fin en plena juventud, a la edad en que Arce, el poeta, decepcionado de la vida, dudaba de todo, sin fé y sin Dios, con "el alma apagada y fría", a la edad en que el Redentor se lanzaba a la lid de su ministerio. Su *via crucis* termina cuando el del Cristo empezaba, y llega a esa edad, no desilusionado como el poeta, sino, como Jesús, lleno de bríos y esperanzas, soñando lauros de la Fé cristiana, con ambiciones napoleónicas *pro Christo* de conquistar, si posible fuera, el mundo para su Señor.

Fué un mártir: contrajo la enfermedad que le llevara al sepulcro tras cruento martirio, por excederse en su celo y labor misioneros, perseverando en el cumplimiento del deber impuesto por su mismo señor, testificando su vocación de apóstol hasta lo último. Fué un héroe: dió su vida en abnegada labor misionera por la evangelización salvadora de sus paisanos. Murió peleando la buena pelea, y sólo para caer abandonó la arena ..... es el Lincoln de la obra evangélica en Barros, que muere, como el libertador, al pie de su obra, como el soldado pompeyano junto al poste de su deber, en guardia.

Soportó la inclemencia de sus dolores, con estoicidad socrática, con valor y serenidad de espartano; y cuando se acercaba la inexorable, dióle la bienvenida